

RECUERDO DEL ACADÉMICO ENRIQUE DE LA VEGA

Por EDUARDO YBARRA HIDALGO

Mes de junio de 1918; se terminaba la construcción de la presa de «El Chorro» en la Provincia de Málaga. Uno de los más destacados ingenieros que participaron en la obra, Don Enrique de la Vega y Ureña es destinado a Sevilla. Funcionario habituado a los desplazamientos con armas y bagajes se traslada a nuestra capital con su primogénito recién nacido, al que ilusionado lo había bautizado como su homónimo de Enrique, siendo sus apellidos de la Vega y Viguera. La familia después de una efímera estancia en la calle Torrejón, se traslada a la de Santa Clara, que aún conserva el estilo adquirido en el siglo XVIII con sus monasterios que rezuman historia; Santa Paula, Santa Clara (en trance actual de desaparición), Santa Ana, que en lo religioso constituían la collación de San Lorenzo. No menos trascendencia tienen en lo civil la torre de Don Fadrique, o el Palacio de los Bucareli, impresionante obra de ese mismo siglo, que encabezaba el repertorio de bellísimas casas que antecedía al más modesto caserío sevillano -cal y canto, en los que, la decoración arquitectónica importada de Italia, era sustituida por las impolutas lozas de Tarifa, y completadas con un complejo y variado maceterío del que, en competencia espontánea, sus agraciadas propietarias utilizaban para adornar los modestos pero bellísimos monumentos del Jueves Santo.

No eligió mal el ingeniero Don Enrique de la Vega para abrir casa en esta nuestra ciudad en la que, un nuevo vecino de sus características, siempre era bien recibido.

¡Calle Santa Clara! ¿qué sorpresas daría a la nueva familia allí instalada?

Pronto intimó Don Enrique con un vecino, que le enseñó las ventajitas del Barrio, y cerca de sus límites, los colegios de los Jesuitas de Villasís, los Escolapios de la Plaza de Ponce de León, la Escuela Politécnica y el Instituto de Segunda Enseñanza «San Isidoro», donde pasé mis primeros horrores de un examen oral ante unos respetabilísimos señores catedráticos que tenían a su cargo el examen de los alumnos de los colegios privados.

Era el vecino Don Rafael Montesinos, espíritu selecto que disfrutaba de una buena biblioteca, discoteca, y solía reunir en su domicilio al grupo de melómanos «más incorregibles de Sevilla». Con Don Enrique Almandoz, Canónigo Maestro de Capilla de la Catedral, que tanto hizo por despertar la afición a la música en Sevilla, y otros entre los que destacaba el Poeta Don Adriano del Valle.

En esos lejanos tiempos de la segunda década del siglo, aumentan ambas familias que se encontraron no solamente amigas sino que contagiaron esa amistad a sus hijos: Enrique de la Vega (1918) y Rafael Montesinos (1920), niños, jóvenes... años descritos sentidamente por Montesinos en su libro «Los años irreparables».

La calle Santa Clara siempre ha tenido enamorados de una juventud romántica heredera directa del que fuera su vecino Bécquer, atraída por su poesía o por su prosa. ¿En qué grado participaron de esa llamada los amigos De la Vega y Montesinos? ¿Qué correrías por ese tradicional barrio complicaron sus vidas?

Montesinos pasó con auténtica vocación a la poesía y a esa bellísima prosa para el que quisiera beber de sus fuentes. Montesinos salía perfectamente orientado desde el Colegio de los Jesuitas de la calle Pajaritos, y aunque fue crítico con la enseñanza que allí se impartía, en su interior conservó lo mejor. Por su parte Enrique, dos años mayor, fue asimismo alumno de los Jesuitas, y también tenía orientada su vida, pero hacia lo militar, pues ya entonces estudiaba Ciencias Exactas en la Universidad de Sevilla. Dos amigos íntimos, dos vocaciones divergentes, y como en tantos y tantos casos en aquellos fatídicos días, la decisión final no dependía de ellos, sino de una fecha: 18 de julio de 1936.

Enrique de la Vega, con auténtica vocación militar desde su primera juventud, no lo duda un minuto, y consciente de las exigencias que las graves circunstancias requerían, se incorpora al Servicio Militar

«como una de las más hermosas obligaciones ciudadanas». En medio del intenso tiroteo que divide la ciudad en dos, se presenta en las dependencias de Capitanía General en la Plaza de la Gavidia, incorporándose en concepto de voluntario en el Batallón de Infantería que se disponía a avanzar sobre Madrid. Luego, se distinguiría en la defensa del Cerro de los Ángeles, por cuyo motivo se reconoce su valerosa actuación y se le premia con el ascenso y con los modestos galones de «Cabo».

No obstante el ardor bélico de esa primera juventud, hubo de dejar el combate e integrarse en los cursos que se organizaban para poner en marcha un ejército con los mandos técnicos necesarios, por lo que en octubre de 1937 pasa a Segovia a fin de realizar las pruebas de Alférez Provisional, que por primera vez se organizaban en esa emblemática ciudad castellana, cuna del Arma de Artillería de la que Enrique de la Vega no se separaría jamás, ni en la guerra ni en la paz, ni en la vida ni en la muerte, bajo cuyas siglas se presentó en el momento supremo, simplemente como «Enrique de la Vega, ARTILLERO».

Con su flamante insignia de Alférez, con la que tantos jóvenes murieron -alférez provisional, pasaporte para la muerte, decía la gente-, se presentó en su nuevo destino en el Regimiento de Artillería número 12 de Mérida, donde permaneció hasta que hubo de optar entre dos trascendentes determinaciones; o permanecer en España, una vez ya terminada la guerra, o incorporarse en la División Española, llamada la División Azul. Su padre, el ingeniero, murió durante la guerra, y en esas circunstancias el ya teniente duda; ¿cómo dejar a la familia de la que era jefe natural, a la madre con los hermanos pequeños, a la novia...?

Las dudas las vence cuando recuenta los muertos y cuando prevee los que han de morir en Rusia, en aquella gran incógnita que representaba el inmenso frente ruso. Por fin se incorpora desde Sevilla, y tras un duro y difícil viaje, alcanza el helado frente ruso, debiendo citar aquí, porque de ello siempre se sintió orgulloso, el haber tomado parte en la batalla de Krassig-Boor el 10 de febrero de 1943, por lo que le fue concedida la Cruz de Hierro alemana y una Cruz de Guerra española, con el ascenso además a Capitán de Artillería.

A través de su «Hoja de Servicios» podría seguir paso a paso toda su trayectoria militar, lo que nos llevaría mucho tiempo, pero para acreditar su espíritu de servicio solo voy a consignar como, después de contraído matrimonio con la fiel y siempre esperanzada Loli, ascendido

a Coronel de Artillería, solicita uno de los más comprometidos destinos, cuando España empezaba a padecer el terrorismo que la asola, siendo destinado al Regimiento de Artillería número uno de Basauri (Bilbao), donde permanecerá hasta que es reclamado por el Capitán General de la II Región Militar, pero dejando tras sí una estela de buen hacer con tanta gente sana como había y como hay en Vizcaya a pesar del sufrimiento que padecen en sus propias carnes ante el terrorismo de ETA.

Antes de terminar su etapa militar debe dejarse aquí constancia de lo que era la milicia para Enrique de la Vega, y ello no lo invento sino que son pensamientos desgranados de los que él mismo sustentaba con sus palabras cuando la Academia le encomendó el discurso en recuerdo del Académico Militar Don Luis Toro Buiza. Mantenía que el servicio militar era una de las más hermosas obligaciones ciudadanas; sus hombres deben tener cimientos espirituales de amor a la Patria hasta el sacrificio, respeto a la justicia y la preocupación en exaltar el honor. El oficial del ejército, como buen ciudadano debe colaborar para construir una patria basada en un conjunto armónico de ideales, sabiendo respetar el pasado, teniendo fe en el porvenir y practicando las virtudes militares, la abnegación del espíritu de sacrificio y de compañerismo.

Enrique de la Vega tenía en grado sumo el aprecio por la amistad. Amigo de tantos como demandaban algo de él, díganlo si no los centenares de sus compañeros de armas y los que militaron bajo su autoridad en la Milicia Universitaria.

Al publicar Enrique de la Vega un bello estudio que tituló «Escritores Militares», al pedirme que se lo prologara, acepté complacido el honor que me deparaba al quedar unido mi nombre tan falto de recursos, con el suyo, cuajado de ciencia, de historia y de artes militares.

Entre las personas que frecuentaban mi biblioteca Enrique de la Vega fue uno de los asiduos. Su primera etapa como investigador en dicha biblioteca en vida de mi padre, cuando aquella estaba aún instalada en la casa de Miguel Mañara nº 3, y ya fallecido mi padre, la terminó con la entrega a mi madre del libro «Sevilla y la Artillería» (1974), con una sentida dedicatoria que conservo como testimonio de una constante -y para mí heredada- amistad. Dice así: «A Doña Socorro Hidalgo y Enrile, esposa del entrañable D. Eduardo, con la satisfacción del deber cumplido, y la pena de la ausencia de un

querido amigo. No olvidaré el cariño con que siempre me abrieron las puertas de su magnífica biblioteca, que me permitieron obtener numerosos datos para mi trabajo. Permítame señora que me sienta feliz al entregarle este libro con el respeto que Vd. se merece y la admiración que sentía por su esposo. Sevilla 1977.»

El destino me unió a Don Enrique en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en la que en todo momento por el cargo de Director que yo tenía, he sido beneficiario de esa virtud militar que practicó durante largos años: el servicio.

A Enrique de la Vega, sin merma alguna de sus galones, de sus estrellas y de sus múltiples condecoraciones, siempre lo tuve dispuesto para lo más varios quehaceres propios de la actividad académica.

En su discurso de ingreso destacaba, cómo siguiendo una antigua tradición de la Academia -que espero no se pierda- él representaba al estamento militar, y nos decía que sentía gran responsabilidad porque son muchos los militares escritores «que con gusto monacal guardaban sus esfuerzos en una intimidad casi mística», y confiaba que al entrar en la palestra sevillana daría a conocer los méritos literarios de los militares, propósito que cumplidamente ha realizado.

Resta por último hacer una breve referencia a su actividad literaria y académica. Cumplida su etapa militar fue elegido miembro de número de esta Real Academia en Junta General de 7 de mayo de 1982, en la vacante de Don Patricio Peñalver Bachiller, su profesor de matemáticas en la Universidad Hispalense.

Su actividad literaria le venía de antiguo, siempre preocupado por su amor a la profesión militar y a los libros, tuvo disposición para infundir a los soldados su interés por la cultura, la historia patria, y como buen cristiano, algunos libros piadosos dedicados a su enseñanza.

Igual que Enrique decía del citado académico Don Luis Toro Buiza, yo lo aplico a él mismo:

- Apasionado investigador y bibliófilo.
- La connotación del militar aficionado a las letras y a la bibliofilia está descrita en Sevilla desde la Ilustración.
- Tuvo el don de saber aunar el valor personal con la claridad de ideas.

Y en resumen, el valeroso soldado se convirtió en insigne servidor de las buenas letras. En otro plano, y quizá se me tache de

prosaico, con su formación militar no concebía el trabajo de los académicos y del personal sin una correcta organización, dando por resultado de ese especial interés en la organización, el racionalizar el archivo de los académicos juntamente con la disponibilidad de la Biblioteca, o convertir el cuchitril en el que antes se trabajaba, en unas estancias dignas en las que el personal desarrolla su labor en perfectas condiciones.

Para poner digno fin al recuerdo de Enrique de la Vega, digamos que es autor de multitud de trabajos -yo tengo fichados más de cuarenta libros y folletos- de historia militar, sobre todo lo relacionado con Sevilla, debiendo destacar por su importancia:

- «Sevilla y la Artillería», finalista del premio Ciudad de Sevilla, 1972.
- «La Pirotecnia Militar».
- «La Capitanía General de Sevilla» del que acaba de salir la segunda edición.
- «De Prim a Carrero Blanco».
- «La Sevilla del siglo XIX capital mundial de la concentración de industrias militares».
- «Sevilla y la Real Fundición de Cañones».
- «La Maestranza... y Sevilla». Premio José M^a Cossío, 1991.
- «Sevilla Feria de Abril».
- «Carlos III y los Jesuitas» que mereció los elogios del Padre Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús.

En todos sus escritos acredita la galanura de su pluma y cumple las exigencias que él mismo asigna a la auténtica literatura militar: «deben emplearse palabras claras, lenguaje sobrio y robusto, subordinando todo a la recta exposición del recorrido que realiza.»

Y me gustaría concluir esta remembranza de Don Enrique resaltando esas particularidades descritas al comienzo de mi exposición; la amistad con Rafael Montesinos. Aún recuerdo aquel hermoso día en que se homenajeaba al poeta en un acto organizado en el jardincillo junto al Puente de Triana que lleva su nombre; a su término, un emocionado Enrique de la Vega, se fundía en un abrazo con su amigo de siempre, ese mismo abrazo que en estos momentos deseo mandarle a él.

*Trabajos literarios de Don Enrique de la Vega Viguera**REVISTAS*

- * Director de la Revista CAMPAMENTO en la Milicia Universitaria.
- * Durante 16 años Director de la Revista DIANA del Recreo Educativo del Soldado.

TEMAS SEVILLANOS

- * La Pirotecnia Militar de Sevilla
- * La Capitanía General de Sevilla. (Su historia)
- * Sevilla y la Artillería
- * El Catorce de Artillería de Sevilla
- * La Feria de Sevilla
- * La Capitanía General de Andalucía. 2ª edición
- * Pregón Exaltación al Rey San Fernando
- * Misceláneas sevillanas.
- * La Sevilla del siglo XIX, capital mundial en la concentración de industrias militares.
- * Sevilla y la Real Fundición de Cañones
- * Los Leones del Congreso.

TEMAS MILITARES

- * Tomás de Morla
- * Militares Académicos de Buenas Letras
- * Los últimos de Filipinas
- * De Prim a Carrero Blanco
- * Vigil de Quiñones médico militar héroe en Baler
- * Daóiz y Gazzola
- * Charlas de cuartel
- * Dos fábricas sevillanas de aplicación militar (siglos XVIII y XIX)

- * Estampas militares sevillanas
- * La factoría del Pedroso
- * Sucesos militares durante los reinados de los Reyes Católicos hasta Isabel II
- * Cinco sevillanos Capitanes Generales de Andalucía

TEMAS GENERALES

- * Sucedió en los años setenta (siglo XIX)
- * Andaluces para la historia
- * La llegada de los restos de Colón a Sevilla.
- * Franco salvó a España del comunismo.
- * Historia abreviada de la real Academia Sevillana de Buenas Letras
- * Rusia no es culpable (Historia de la División Azul)
- * La Inquisición (El Alumbradismo y otras sectas sevillanas)
- * La Maestranza y Sevilla (Premio Cossío, 1971)
- * Los Vascos
- * Carlos III y los jesuitas
- * Los «Niños Toribios» de Sevilla
- * El Varón Justo (biografía de S. José)

NOVELAS

- * Arde la nieve
- * Doña María Luisa

OTROS

- * Conferenciante y colaborador de prensa y revistas especializadas